CONFERENCIA DE MONSEÑOR JOSE IGNACIO MUNILLA

ENAMORADO DE LA IGLESIA (D. JOSÉ RIVERA Y SU AMOR A LA IGLESIA)

El misterio de la Iglesia en la visión del venerable don José Rivera Ramírez. Este es el tema que me dispongo a desarrollar en el contexto del primer centenario del nacimiento de don José, que ha sido el pasado 17 de diciembre. Y antes que nada voy a compartir con vosotros algunas anécdotas. ¿Cómo conocí yo a don José? Yo llegué muy jovencito al seminario de Toledo, tenía 17 años y como íbamos algunos pues con una edad todavía muy joven y en la edad de ordenación es de 25 años, pues se nos ofreció la posibilidad de prolongar nuestra formación interrumpiendo nuestros estudios eclesiásticos y así lo hice yo, entre la filosofía y la teología y dedicando un año exclusivamente a un curso de espiritualidad en el que don José, don José Rivera Ramírez tenía un peso, una presencia muy especial y esa fue la gran oportunidad que Dios me dio de enriquecerme de ese don que Dios suscitó en ese corazón enamorado de la Iglesia, enamorado del sacerdocio.

Él me ayudó a enamorarme principalmente de la liturgia y de los padres y doctores de la iglesia para alimentar la vida espiritual desde la liturgia, para alimentar mi oración desde la liturgia, desde los textos de los santos padres. Eso fue algo clave. Eso me permitió que la experiencia de Dios no estuviese basada en la subjetividad, en la emotividad irracional, porque creo que esto es muy propio de nuestro tiempo, ese esa especie de iluminismo emotivista, sino que él nos ayudaba a alimentar nuestra fe de la tradición de la iglesia y de la liturgia. Entonces, se nos se nos ofreció la posibilidad de que cada uno elegiese pues un gran doctor de la iglesia y que durante todo el año estudiase sus escritos. Cada uno de los 12 compañeros que hicimos aquel inolvidable curso de espiritualidad eligió un doctor de la iglesia, yo en concreto, San Juan de la Cruz, y fuimos leyendo sus obras durante todo el año. Luego solíamos compartir qué es lo que cada uno iba leyendo. Y yo todos los apuntes de las obras de San Juan de la Cruz los tengo todavía bien subrayados y los tengo como uno de esos tesoros con los que Dios forjó mi fe, mi educación en la vida.

¿Hasta qué punto don José priorizaba la objetividad en nuestro encuentro con Cristo? No tenía esa tendencia iluminista, emotivista, sino que subrayaba el justo vivirá de la fe. No del sentimiento de la fe, no de las emociones de la fe.

Voy a contar una anécdota, para subrayar esto. En mis entrevistas que tenía con él le solía compartir cuáles eran mis dificultades. Y una de mis dificultades era que en la oración tenía una tendencia a distraerme fácilmente, tenía una imaginación, (la sigo teniendo muy viva) muy desbordante y eso yo lo veía como una dificultad seria para poder profundizar en la vida de oración. Y me impactó ver como don José me aconsejaba diciendo, "Mira, ríete de ti mismo. No le hagas mucho caso a tu imaginación. La imaginación es la loca de la casa, que es una expresión de Teresa de Jesús. Por cierto, don José conocía los textos de Santa Teresa de Jesús y era capaz de recitarlos de memoria. Algo increíble. Él me recordaba la imaginación es la loca de la casa. No le des importancia a tus distracciones. Ríete de ti mismo. Tú cuando veas

que te estás distrayendo o que te has distraído en tu oración, convierte esa distracción, en un ofrecimiento de tu pequeñez, en volver a ponerte en la presencia de Dios y volver a reiniciar tu encuentro con él. Lo principal de la oración, el subrayaba, no es lo que yo siento o dejo de sentir, sino la fe con la que vivo, mi conciencia de que Cristo está presente. Por otra parte, no olvides, me decía él, que es Cristo quien ora en ti y que por el misterio de la liturgia la Iglesia entera está orando en ti. Con lo cual, aunque tú tengas tus dificultades de distracción y tu imaginación te juegue malas pasadas, el fruto de tu oración está por encima de tus sensaciones subjetivas. Y eso me impactaba esa visión de fe, esa visión de fe, lo cual no quiere decir que don José no se tomase en serio la preparación subjetiva para la oración, porque, pues él en la línea de San Juan de la Cruz nos insistía de la importancia de ayunar también en nuestros sentidos, ese bombardeo que tenemos en nuestros sentidos, lo que vemos, lo que oímos, pues ayunar en nuestros sentidos, tener esa mortificación de nuestros sentidos para así luego tener facilidad de recogimiento cuando hacemos oración.

Incluso recuerdo un consejo que me dio para también intentar hacer lo que se pueda con respecto a ese control de la imaginación, aunque él siempre subraya, "No le hagas mucho caso, no le des mucha importancia a tus distracciones." Pero recuerdo un consejo que me dio y es el de hacer el esfuerzo de construir con la imaginación una pared con 1000 ladrillos. Recuerdo que él me dio el consejo de decir, "Bueno, pues pon un ladrillo y con la imaginación arrastras el segundo ladrillo y con la imaginación arrastras el tercer ladrillo, el cuarto." Y así me dijo, "Construye una pared con 1000 ladrillos para que eduques a tu imaginación poniéndola al servicio de lo que de lo que tú quieres pensar y para que no sea ella la que te descontrole." Al mismo tiempo que me daba este consejo, me insistía que lo principal, una y mil veces lo principal es el vivir de la fe y no de mis mis sensaciones sobre la fe, de que es Cristo el que ora en nosotros. Es una anécdota para que también descubramos el espíritu de fe en las realidades sobrenaturales que anidaba en el corazón de don José Rivera.

Él era, entrando ya en el tema, él era un enamorado de la iglesia, la esposa de Cristo. Cristo es el esposo y la Iglesia es la esposa. Y eso tiene que configurar nuestra espiritualidad. Don José es un testigo del misterio de Dios encarnado en la Iglesia. Él tiene ante todo una visión de fe en el misterio de la Iglesia. Voy a contextualizar esto. Estamos que en los años postconciliares, hay que decir que estábamos con el riesgo de una mala recepción del Concilio Vaticano Segundo, de una mala recepción, de una visión distorsionada ideológicamente. Y por ejemplo, pues era un momento en el que se subrayaba mucho la Lumen Gentium, esa Constitución sobre la eclesiología, sobre la visión de la Iglesia, pues se subrayaba en muchas conferencias como el Concilio Vaticano Segundo había puesto en primer lugar la imagen de la Iglesia como pueblo de Dios y que eso le había puesto como un capítulo que precedía a la Constitución jerárquica de la Iglesia. Luego teníamos que priorizar esa visión de la Iglesia popular frente a la visión jerárquica de la Iglesia. Claro, esa traslación de lo que Lumen Gentium decía estaba manipulada, manipulada porque estaba silenciando algo clave. Y es que el primer capítulo de la Lumen Gentium no habla de la iglesia como pueblo de Dios, sino de la Iglesia como misterio de Dios. Y eso nadie lo comentaba en aquel momento. Claro, la iglesia como misterio de Dios es una visión sobrenatural, También lo es la iglesia pueblo de Dios. Pero claro, muchas veces se utilizaba la imagen pueblo de Dios en un sentido, digamos, sociológico popular. Pues bien, esa imagen de iglesia como misterio de Dios, ve como todo lo que el pueblo de Dios ha vivido, desde toda la eternidad, Dios tenía prefigurado el nacimiento de la esposa de Cristo. Dice Lumen Gentium, "La Iglesia aparece prefigurada desde el origen del mundo." Dios había pensado en la Iglesia desde el origen del mundo. Fue preparada en el Antiguo Testamento, constituida en los últimos tiempos, manifestada en Pentecostés y es una Iglesia que espera la perfección escatológica. Entonces, don José ante todo tiene una sorprendente visión de fe sobre lo que es la Iglesia, hasta el punto de que incluso en

alguno de sus escritos dice que los ángeles pertenecen a la iglesia. O sea, los ángeles son miembros de la iglesia. Impresionante también, ¿no?, que don José diga eso. Pocas veces se nos ocurriría a nosotros hablar, pensar en los ángeles como miembros de la iglesia. La acción de los ángeles se asocia, a la obra del Espíritu. Y don José los ve en esa visión del misterio de Dios, como que los ángeles pertenecen al misterio de la Iglesia.

Para entender cómo don José prioriza, esa visión sobrenatural de la Iglesia como misterio, como algo místico, podemos también asomarnos a algunos lamentos que don José se comparte en su diario. Existen peligros por los que poco a poco puede perderse esa visión de fe. Y leo un párrafo de su de su diario: "La exagerada estima de los resultados inmediatos ha conducido a subdividir la Iglesia por motivos practicistas, por edades, por profesión, por grupos de espiritualidad. De modo que se hace difícil reconocer la Iglesia como misterio de Dios." Curioso este comentario. Claro, pues es verdad que por motivos digamos practicistas hemos dicho, "Bueno, pastoral juvenil, pastoral matrimonial, pastoral de este tipo de espiritualidad, de doctrina social, de la otra." Claro. Y eso don José, obviamente sin manifestarse en contra de esa acción pastoral, pero él enciende las luces de alarma porque ve que en medio de toda esa estructuración o programaciones de tipo práctico, ve que existe el riesgo de que la visión de fe, como la iglesia, una esposa de Cristo, quede en un segundo lugar. O quede en la penumbra, porque es obvio. Que durante muchos siglos en la vida de la Iglesia no existió pastoral juvenil ni pastoral matrimonial. La acción de la Iglesia era prácticamente única y evangelizaba a todos al mismo tiempo. Y eso quizás facilitaba más la visión de la Iglesia como esposa de Cristo, como misterio de Dios. Bueno, eso es una anécdota también que os comparto, porque él dice, "Cuidado con todo aquello que nos distraiga de la iglesia en su ser sobrenatural. La clave está en redescubrir el misterio de la Iglesia en su realidad genuina. De lo contrario, no entendemos nada."

Esto es lo que sintetiza la comprensión clave de don José sobre la iglesia. La Iglesia no se reduce a su expresión sociológica. Es un misterio teándrico. ¿Qué es esto de teándrico? Es una palabra que suena así un poco una palabra gruesa. Teándrico significa que al mismo tiempo es divino y humano. Viene de "theos" Dios y de "aner" varón. Es Dios, es divina y es humana. Es un término teológico teándrico que describe esta doble condición divina y humana. Y esto se refiere en primer lugar a Jesucristo, que tiene naturaleza humana y naturaleza divina. Tiene una doble naturaleza en esa unión hipostática, que tiene el verbo con la humanidad de Cristo. Pero al mismo tiempo, además de Jesucristo en su realidad teándrica, Dios y hombre, también la Iglesia misma está considerada una realidad teándrica, ya que incluso, por ejemplo, en la misma liturgia, el Cristo glorioso está presente en la acción litúrgica de la Iglesia. Luego la liturgia es divina y es humana en la celebración. En resumen. Ese es el concepto central para entender la naturaleza de Cristo y la naturaleza y la acción de la iglesia. En la iglesia está Cristo presente, actuante, es Cristo el que actúa en su cuerpo. Esa es la famosa imagen de la Iglesia como cuerpo místico de Cristo. Don José, que era un gran admirador de De Lubac, insiste en la prioridad de la imagen de Iglesia como cuerpo de Cristo, cuerpo místico de Cristo y como también esposa de Cristo. Esas dos imágenes, Iglesia como cuerpo de Cristo y como esposa de Cristo, son dos imágenes claves, esenciales para entender el misterio sobrenatural de la Iglesia y para no reducirla a una dimensión sociológica. Estos dos términos cuerpo místico de Cristo y esposa de Cristo, nos ayudan a entender también el resto. El resto de los atributos con los que designamos a la iglesia. La Iglesia es ante todo prolongación de la encarnación. Es la esposa de Cristo que prolonga su encarnación.

Don José, por cierto, en muchas de sus meditaciones sobre los sacramentos subraya este aspecto de que la Iglesia prolonga la encarnación. La unidad ontológica entre Cristo y la Iglesia tiene dos consecuencias teológicas, según don José Rivera. Por una

parte, la Iglesia participa de la santidad de Cristo. Luego hablaremos de esto. La Iglesia es santa porque es esposa de Jesucristo, participa de su santidad y la Iglesia recibe de Cristo su misión y su estructura sacramental. Don José Rivera descubre que la Iglesia es el lugar donde el verbo actúa, continúa su acción vivificante. Él medita la primera carta de Juan, capítulo primero, versículos del 1 al 4. Y es un texto que dice, "Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que contemplamos y palparon nuestras manos acerca del verbo de la vida, pues la vida se hizo visible y nosotros hemos visto." Damos testimonio y os anunciamos la vida eterna que estaba junto al Padre y se nos manifestó. Eso que hemos visto y oído, os lo anunciamos para que estéis en comunión con nosotros y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Os escribimos esto para que nuestro gozo sea completo. O sea, que la Iglesia es el lugar donde el verbo continúa manifestándose. Eso que hemos visto y oído os lo comunicamos. El verbo actúa en la iglesia, es decir, en los testigos de la fe. En los testigos de la fe. Por lo tanto, decimos que la Iglesia es prolongación de la encarnación del Verbo. La Iglesia, por lo tanto, no es un simple conjunto humano, es la comunidad donde la vida trinitaria se comunica. Aquí se advierte el carácter profundamente católico de la espiritualidad de don José Rivera. Es Cristo que se da en la iglesia y la Iglesia se da a través de sus pastores. Profundicemos más elementos sobre esa visión de fe sobrenatural de don José sobre la Iglesia. El misterio pascual como origen de la Iglesia. Don José subraya que la Iglesia nace del costado de Cristo en continuidad con toda la tradición patrística. Es una imagen que expresa una eclesiología sacramental. La Iglesia es generada por los dones pascuales de Jesucristo.

Otro aspecto, es la acción del Espíritu Santo como alma de la Iglesia. Don José comprende la iglesia como obra del espíritu. Leo un texto suyo: "El espíritu es el alma de la iglesia. Sin él, la iglesia sería un organismo sin vida." Él recoge la afirmación de Bernard Rey. La revelación del Espíritu Santo es inseparable del misterio de la Iglesia, porque el don del Espíritu se realiza en una comunidad reunida en torno a Cristo, y añade con fuerza don José, "Ni entiendo la Iglesia sin el espíritu, ni entiendo el espíritu sin la iglesia." La eclesialidad es la nota de discernimiento de todo de todo grupo de creyentes y de seguidores de Jesús. Ahora demos un paso más. La maternidad de la Iglesia, la maternidad universal de la Iglesia. Uno de los rasgos más bellos de la eclesiología que desarrolla don José Rivera es la relación entre María y la Iglesia. Citando a Scheeben escribe don José, "La maternidad de la Iglesia obra sobre la base y por virtud de la maternidad de María." Repito, la maternidad de la Iglesia obra sobre la base y por virtud de la maternidad de María. Voy a citar un bellísimo texto sobre qué características tiene esta maternidad de la iglesia; está en su diario en el día en la cita del 26 de octubre de 1989, don José escribía y de ahí las cualidades maternales de la iglesia que han de darse ya en la condición terrena y en cada uno: "Madre casta respecto del esposo, fidelidad exacta en todo y primariamente en el pensamiento, que ciertamente va integrando los diversos niveles e ingredientes de la personalidad de la esposa hasta llegar a la fidelidad de los primeros movimientos aún corporales." Por lo tanto, la Iglesia tiene que ser casta respecto a su esposo Jesucristo. La totalidad del amor reclamado por el Señor, dejarlo todo por él, amarle más que a la propia vida. Segundo lugar, además de madre casta, madre atenta. Atenta al esposo, claro, pero simultáneamente al conjunto de los hijos. Atención exclusiva de toda orientación egoísta. Madre paciente. Madre paciente no se perturba por la tristeza ante las contrariedades incesantes de la vida. Y aquí habrá que añadir matizando, constante, perseverante, mansa. Un paso más. He dicho primero, madre casta, madre atenta, madre paciente. Ahora añade madre amante. Dice, "Y en la medida en que una persona vive como esposa, vive como madre sin más. Madre ardiente con el fuego que Cristo ha venido a traer. Cada hombre debe ser como un fuego." La imagen de Elías, madre universal, sintiéndose a sí misma como miembro de la Iglesia. Cada persona siente maternalmente respecto de cualquier orientación de cada miembro del

cuerpo hacia la totalidad de elementos manejados por la persona propietaria de los miembros. Madre dolorosa, como tal madre, eliminando los sufrimientos del egoísmo en cada uno de los miembros. Madre prudente y fuerte. Por lo tanto, estas son las características de la maternidad de la Iglesia: madre casta, madre atenta, madre paciente, madre amante, madre ardiente, madre universal, madre dolorosa, madre prudente y fuerte.

Pero quiero concluir mi reflexión sobre la visión de la iglesia que tiene don José con un tema clave que es el tema de la santidad y el pecado en la Iglesia. La Iglesia es santa en su misterio y al mismo tiempo es pecadora en los miembros que la conformamos. Esto es algo que solemos repetir con frecuencia. Pero don José se resiste a limitarse a decir esto. Eso de que la Iglesia es santa en su misterio, en su fuente, pero es pecadora en sus miembros. Claro, decir eso y quedarnos con eso y sin más, puede llegar a frustrar el designio de Dios con la iglesia. Los textos de don José subrayan con intensidad hasta qué punto la santidad de la Iglesia no tiene que ser meramente una santidad teórica, sino práctica. Sí la iglesia no tuviese miembros santos, es que no sería la iglesia. No bastaría decir, "No, es que la iglesia es santa en su origen y es pecadora en sus miembros." A ver, si la iglesia no tiene miembros santos, es que no es la Iglesia de Jesucristo. Por tanto, don José, si en algo pone el acento es en que la mediocridad es un obstáculo eclesial de primer orden, y tiene una lectura muy severa, muy crítica sobre el pactar con la tibieza espiritual. Él dice, "La mediocridad es el mayor enemigo interior de la iglesia." Fijaros, hoy en día hablamos mucho de el reto de la secularización. Estamos en la iglesia, se tiene que llevar adelante su evangelización en un mundo secularizado ya. Pero a ver, hay una cosa que don José tenía muy clara: el mayor peligro que tenemos es el de nuestra secularización interna, que no nos quepa la menor duda. El mayor peligro está en nuestra tibieza, en nuestra falta de santidad. Nuestro mayor reto no está en el mundo apartado de Cristo. Nuestro mayor reto está en nuestra tibieza. Entonces, don José se prodiga en predicar la purificación. La esposa tiene que estar en continua purificación, llamándonos a la conversión personal, conversión estructural, pero partiendo de la conversión personal. No por meras reformas estructurales, todo lo que no sea partir de la conversión personal es engañarnos. Es la famosa expresión que utilizó Madre Teresa de Calcuta cuando le preguntaron, "Madre Teresa, ¿y usted qué cambiaría de la vida de la Iglesia?" Y ella dijo, "Yo me cambiaría a mí misma." Entonces don José dice, "La maternidad de la Iglesia no puede ser meramente la santidad de Cristo que vive en ella. Porque es que la santidad se le comunica a la Iglesia misma." De lo contrario seríamos, permitidme, el atrevimiento, de utilizar esta expresión que don José obviamente no utiliza, me atrevo a utilizarla yo. De lo contrario, la maternidad de la Iglesia sería como de un vientre de alquiler. O sea, es que se nos entrega a Cristo, lo llevamos dentro, pero vamos, no es nuestro. Claro. Y eso no es la maternidad de la iglesia, es una santidad que tiene que impregnar a la esposa de Cristo. Eh, repito lo que he dicho antes. Si no hubiera santos en la iglesia, si no hubiera ministros santos, si no hubiese esposos santos, si no hubiese fieles santos, enfermos santos, pobres santos, la iglesia sería solamente, dice don José, entonces sería la prometida de Cristo, pero no sería la esposa de Cristo. Esta imagen me parece brillante, elocuente. Yo cuando la leí en el diario de don José dije, "Madre mía, vaya imagen. Si la iglesia no tuviese santos, entonces la iglesia sería la prometida de Cristo, pero no la esposa de Cristo, porque la esposa está impregnada del esposo." Se dice, que los esposos tienden cada vez más a parecerse el uno al otro. Incluso hay un refrán en el riquísimo refranero español que dice, "Dos que duermen en el mismo colchón se hacen de la misma condición." Dice ese refrán, bueno, pues apliquemos ese refrán a lo que es la iglesia como esposa de Cristo. Si esa esposa de Cristo, se tiene que impregnar de él, se tiene que contagiar de su santidad. La proclamación de la llamada a la santidad no es separable de su asimilación. Yo proclamo la llamada a la santidad, hombre, proclamo y la recibo de una manera penetrante, íntima. La Iglesia no es un camarero que reparte un aperitivo

y él no se alimenta, tiene que llegar a una fecundación correlativa entre el espíritu de Dios y el espíritu humano. El espíritu de Dios y nuestro espíritu se tienen que estar recibiendo ese don de ser fecundado, por el Espíritu de Dios, de forma que el pastoreo y el testimonio estén plenamente integrados, que comuniquen el amor al mismo tiempo que lo ejerzan.

Por lo tanto, esta es la eclesiología de don José. Esta es la Iglesia como sacramento de Cristo, como esposa de Cristo. Que significa que Cristo vive en ella. Yo no puedo sino dar gracias a Dios. Pues por el hecho de que haya tenido el regalo de Dios de que don José también pasase por la vida, de este sacerdote. Tuve el regalo de que tanto el padre Luis María Mendizábal como don José Rivera pues marcasen de una manera tan fuerte, tan significativa, mi formación, mi alma sacerdotal en ese tiempo del seminario. Y voy a únicamente concluir diciendo como para don José la oración personal solo se comprendía como la oración de la iglesia. Tú cuando rezas tienes que ser consciente de que no eres tú, José Ignacio. Un individuo el que está ahí teniendo una experiencia subjetiva personal. Tú eres iglesia y cuando tú rezas es la iglesia entera la que está rezando. Esa convicción de don José a mí, por lo menos, me cambió la perspectiva. Yo os decía al comienzo de esta reflexión que don José a mí me enseñó a rezar con la liturgia, hacer de la liturgia la fuente de mi oración, muchas veces sirviéndome de algunas peticiones de los laudes o sirviéndome de algunas lecturas, sobre todo la segunda lectura de los padres de la iglesia, La fuerza transformadora de la liturgia uno la descubre cuando entiende que el Cristo glorioso está en la iglesia, que la Iglesia es ese misterio teándrico en el que la naturaleza humana y divina están plenamente integradas en esa unión hipostática, como aconteció en el Verbo. Es la fuerza de la oración litúrgica la que nos lleva a entender también el misterio de la Iglesia. Mi saludo a todos los que estáis celebrando ese primer centenario del nacimiento de don José, y pido a Dios pues que se dé ese milagro necesario para poderle proclamar beato. Vamos a encomendarnos a don José, vamos a pedirle las gracias que necesitamos para que también la Iglesia pueda reconocer los milagros realizados por intercesión de don José para que así pueda ser proclamado beato y santo.

Un saludo y mi bendición para todos vosotros. La bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros.